



1. Iconoclastas

EL 22 de febrero de este redondo 2000, Luis Buñuel habrá alcanzado su centenario de vida, que me gusta más que centenario de nacimiento. Desde todos los rincones ilustrados del hogar español, pero también desde los más remotos ámbitos extranjeros que se precian de estar atentos a los restos finiseculares en extinción, se alzarán voces estudiosas y afables para la personalidad y la obra de este aragonés de Calanda, sometido a la prueba de la muerte en 1983. Las imágenes de *Viridiana*, en aquel universo nacional-católico que ahora algunos parecen auspiciar, significaron la elevación de la imagen audiovisual española hasta el cenit del mejor artificio fílmico pero perfectamente en la estela del próximo surrealismo y no menos del ya lejano quevedismo lacerante. En 1961, Luis Buñuel, tan interrogante como crédulo, se mostraba iconoclasta de los enormes fondos tradicionales mediante la personalísima utilización de sus propios iconos hablados, de su propio cine. Alzaba imágenes en la pantalla para destrozar las correspondientes imágenes de la vida, tan melosas y vacías de auténtico significado. Pocos artistas han puesto el acento en la corrupción de las mejores intenciones que Dos Luis, autor, además, de ese fresco amenazante siempre que es *El ángel exterminador*, en 1962. Será preciso hacer presente durante este tiempo dosmil al maestro español de la sonrisa socarrona y pésimo oído. Siempre al acecho iconoclasta.

El 29 de enero de este redondísimo 2000, y en la cinéfila Barcelona, la Academia de Cine española entregaba sus Goya, tras un año pleno de aciertos y hasta de promesas de futuro. La iconoclastia proseguía. De una parte, el joven Benito Zambrano imponía *Solas*, un filme de extraña madurez y de pasiones quietamente analizadas para honrar la muerte afectiva de un grupo no salvaje sino simplemente humano. Campo y ciudad hermanados en la suciedad de borrosos sentimientos, dulcificados por el misterio de la fidelidad y de la esperanza. Al final, Pedro Almodóvar conseguía triunfar en unos Goya españoles, con ese inmenso fresco tan personal como sociológico que

se titula *Todo sobre mi madre*. Basada en estereotipos inmaculados, la narración cinematográfica acababa por fracturarlos y desventrarlos: el rito secuencial de un iconoclasta de lo cotidiano. Algo así como un Buñuel para estos tiempos tan posmodernos en lo formal y entre la arruga es bella/ponga barroco en su vida. Goyas para rupturas. Y para escondidas resituaciones interiores. Una especie de cine pascual.

Y el 31 de enero del sencillo dosmil, Fernando Fernán-Gómez se convertía en el primer actor miembro de la Real Academia Española. El personaje más iconoclasta de la escena y de la vida española desde hace cincuenta años, aparecía con su frac impoluto, su barba rojizocanosa y ese gesto de dominio en el que le volaba un papel lleno de misteriosas palabras. A ellas dedicó su intervención. Una intervención luminosa en el decir pero de una nostalgia hondísima en el sentir: porque, como el que no lo quiere, don Fernando concluía su viaje por la revelación de la palabra con estas mismas palabras: *«Creo hallarme hoy —y es una de las satisfacciones mayores de mi vida y quizás la culminación de mis trabajos— entre personas antes dispuestas a defender su libertad, o su parcela de libertad o, más modestamente, sus libertades y, con modestia aún más acentuada, algunas de sus libertades, no con la violencia y la sangre —suya y ajena—, sino con el pensamiento y la palabra»*. Cuando unas feroces elecciones se acercaban, el bravo actor, escritor, cineasta y sencillamente persona, convertía en iconoclasta su discurso con la magnificación del *verbo* y el menosprecio del *sofisma*. Una gozada.

Quienes crean suelen ser iconoclastas. Quiere decirse que rompen moldes de imágenes previas para dar a luz otras más novedosas, iluminadoras y fértiles. Solamente con el tiempo, se les reconoce su trabajo en favor de la vida caminante. Antes, quedan censurados por falaces, veleidosos y, en fin, asistemáticos. Pero así, muy probablemente, rompió aguas el fenómeno que llamamos creación. Y Dios dijo que estaba muy bien...

P. de P

2. Un detalle de humanidad

ANDAN las aguas eclesiales y vaticanas un tanto conmovidas por el asunto de la dimisión papal. Algo que se había suscitado desde perspectivas muy diferentes alcanzó dimensiones llamativas a raíz de unas declaraciones de Karl Lehmann, presidente de los obispos alemanes. Primero un tanto manipuladas y más tarde reproducidas con precisión, lo único sugerido por el prelado germano era la esperanza de que el Papa sería capaz de presentar su voluntaria dimisión en caso de que tuviera conciencia de ser superado por el mismo acontecer eclesial. Algo aplicable a este Papa pero también a cualquier otro obispo de Roma. Las reacciones llaman la atención por su versatilidad y agresividad, como si Lehmann hubiera dicho algo absurdo o aberrante. El mundo se nos está volviendo demasiado susceptible en función de reglas de juego demasiado establecidas. Y la historia sigue, ahora en manos de quienes afirman que nada está sucediendo. En todo este asunto, las palabras más inteligentes las ha emitido el siempre sutil J. I. González Faus: «*No entro en el tema (preguntado sobre la oportunidad de la dimisión del Papa). Pero refugiarse en la apelación al Espíritu Santo podría ser eso que la Biblia llama "apagar el espíritu"*». Tela marinera.

Sin embargo, en todo esto se omite un detalle de simple y llana humanidad: Juan Pablo II, por muy Papa que sea, también tiene derecho a una vejez sosegada y feliz, durante la que se prepare, como todos los mortales, para su definitivo encuentro con su Dios y Señor. Este hombre encogido y lento, que sostiene el cayado de pastor para no caerse en situaciones límites, nos provoca el sentimiento de un anciano al que se impone vivir en una coyuntura demasiado pesada para su edad, para su momento de bien ganado sosiego. Este detalle es el que debiera llamarnos agriamente la atención, más allá de planteamientos estrictamente teológicos y estratégicos: el detalle de una humanidad sufriente, supeditada además a nuevos viajes de muy compleja resolución. Quien no ame a Juan Pablo II jamás recurrirá a este detalle de simple humanidad, para entregarse a las exigencias del cargo, en un gesto de dureza interior exagerado y dominado por la angustia del futuro.

El Papa hará lo que juzgue más conveniente. Está claro. Pero quienes están más cercanos a su persona y a su vida debieran tener desarrollada esta capacidad del detalle humano, además del tremendo amor a la Iglesia. No deben confundirse ambas cosas precisamente en este caso.

P. de P.

3. Tiempo de grises

CUANDO aparezcan estas líneas, las elecciones estarán a punto de haberse celebrado en territorio español, y sabremos, por fin, quiénes nos gobernarán en democracia y en libertad. Cuatro años de poder popular pueden encontrar permanencia en un estilo algo verticalista y de sabores rancios, pero también es cierto que podemos encontrarnos con la novedad de una gobernación inspirada en el conjunto del centro/izquierda español, con el interrogante de qué hará tal género de personajes, emblematizados en Joaquín Almunia y Francisco Frutos. Interrogante que solamente obtendrá respuesta tras tres meses de actividad, porque una cosa es suscribir pactos y otra muy distinta llevarlos a cabo y cómo llevarlos a cabo. Dios repartirá suerte y los españolitos la recogeremos.

En este mogollón de pasiones troceadas por la esperanza, llama la atención algo que se ha comentado muy poco. Mientras los dos *personajes líderes* mandaban en sus respectivas formaciones, Felipe González y Julio Anguita, fue imposible suscribir un encuentro político entre PSOE e IU. Absolutamente imposible. Eran demasiada personalidad para un espacio tan pequeño, y además sospechaban el uno del otro. Porque el pragmatismo del sevillano no encontraba adecuada respuesta en la programática del cordobés. Ahora, sin embargo, todo ha sido distinto. Desaparecidos los personajes líderes y sustituidos por sus segundos, nada aparatosos en su aparente mediocridad mediática, las aguas han comenzado por recorrer un mismo cauce, dentro de la libertad para contar con sus propios dialectos. Los GAL forzaron la retirada de González, mientras un enfermo corazón llevada al programático hasta la silla del corazón saturado de emociones. Eso que llamamos la veleidad del tiempo.

Estamos, pues, en *tiempo de grises*. Se acabó el espectáculo de los deslumbramientos desde el político Sinaí. Almunia ha bajado de las montañas nevadas y Frutos aceptó no tener razón en todo, para comenzar a dialogar lo dialogable. Tiempos grises para decisiones de una izquierda que debe ofrecer lo suficiente sin molestar lo sistemático, santificado desde las bolsas y desde la banca. Tiempos grises para políticas grises, las únicas posibles en pleno delirio globalizante. Y puede que sea mejor así. Porque el escozor que proporciona la magnificencia de Aznar es tan intenso que se convierte en llaga. La llaga del arco iris evanescente.

P. de P.